

Frente libertario

Madrid 28 de octubre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro. Serrano, 111

NUMERO 615

EL MANDATO DE NUESTROS CAIDOS

la memoria de nuestros héroes nos impone el deber ineludible de vencer

Diversas han sido las evoluciones sufridas por nuestra guerra; inicialmente, no fué otra cosa más que el exponente álgido y cruel del egoísmo de unas clases privilegiadas que no se conformaban con tener que vivir de acuerdo con las normas elementales de justicia y de razón; no les bastaba la vida muelle y cómoda que llevaban; necesitaban, además, para sentirse satisfechas, tener la seguridad de dominar sobre la vida física y sobre la vida espiritual de millares y millares de proletarios. Dándose cuenta de que el proletariado español marchaba de una manera segura y firme hacia las metas de libertad que siempre había pretendido, pretendieron cerrarle el paso con la fuerza de las armas, ya que no podían cerrárselo con la fuerza de la opinión general del país. Así nuestra lucha, circunscrita en sus momentos iniciales a una lucha de clase y de libertad, llevó al combate a nuestros trabajadores en nombre exclusivamente de radiantes consignas de libertad. Y en el nombre de la libertad murieron muchos de nuestros mejores camaradas y con un ¡Viva la libertad!, en sus labios marchaban al asalto de los reductos enemigos los hombres del pueblo español.

Pero la lucha evolucionó profundamente con el transcurso del tiempo. Convencidos los privilegiados españoles de que nada podrían hacer ellos solos contra el ímpetu gigantesco y generoso de nuestros trabajadores, convencidos de que no tenían en su corazón energías ni valor suficientes para dar, y ganar, la batalla al proletariado, buscaron en sus patronos extranjeros la fuerza y los hombres que necesitaban para asegurar su victoria; unos y otros les fueron ampliamente prestados. Alemania e Italia, que comenzaron por enviar grandes cantidades de material de guerra a los rebeldes, enviaron a continuación sus mejores técnicos y terminaron por trasladar a España unidades enteras de sus ejércitos metropolitanos. Entonces, el pueblo español, que venía luchando para conquistar y defender su libertad, comenzó a luchar para defender y conquistar su independencia; ante los ataques descarados de las potencias enemigas nuestra lucha ganó en lucha de independencia lo que perdiera en lucha de clases. Ya no era únicamente el pensa-

miento de libertad el que inflamaba a nuestros hombres; a él vino a sumarse otro sentimiento nuevo; nuestros trabajadores luchaban por asegurar su independencia, porque asegurándola aseguraban también su libertad; libertad e independencia estaban desde entonces íntimamente ligadas; y para defender la independencia de España, en cuyo nombre tantas veces se habían escrito gestas heroicas a lo largo de nuestra historia, continuaron y continuarán luchando los trabajadores españoles. Por defender nuestra independencia inmolaron sus vidas millares y millares de proletarios. Y así, la memoria de nuestros caídos nos marca un doble camino a seguir, que nos habla conjuntamente de libertades y de independencia.

En todos nuestros actuales combates existe ese mismo fondo de independencia y de libertad; defendiendo a la una defendemos también a la otra, y si somos capaces de conquistar una habremos conquistado definitivamente a la otra. Y por esto, hoy, cuando independencia y libertad se unen en síntesis gloriosa que nos impulsa a los mayores heroísmos, que nos hace aceptar los más altos sacrificios, la memoria de nuestros caídos nos señala rigidamente el camino del deber. Ni vacilaciones ni dudas de ninguna clase pueden influir en ningún momento en nuestro ánimo; entre nosotros, junto a nosotros, en las mismas avanzadillas de los frentes de lucha, en los lugares donde la producción adquiere su ritmo más acelerado, se alza la sombra de algún héroe o de algún mártir para hacer que venzamos de todos nuestros enemigos, interiores y exteriores, físicos y espirituales. No hay alternativa posible en la guerra española; el pueblo español tiene que vencer y vencerá. Otra cosa sería tanto como dar por inútiles y baldíos todos los heroicos sacrificios de nuestros camaradas que nos precedieron en la muerte. Y antes que eso el proletariado español está dispuesto a cuanto sea preciso.

Tenemos el deber ineludible de vencer; únicamente venciendo haremos honor a la memoria de nuestros mártires y de nuestros héroes; únicamente venciendo seremos dignos de la admiración y del respeto de la posteridad, que equivale a ser dignos de nuestro propio respeto.

GUINAPOS

El acaparador

Ente ajeno al sacrificio y a las necesidades del pueblo es uno de los seres que más repugnancia inspiran de todos cuantos enemigos pululan en nuestra retaguardia; no tiene ninguna gallardía y sólo ambiciones mezquinas constituyen la trabazón íntima de su alma ruin. Carente de todo sentimiento generoso, apegado estúpidamente a las pequeñas comodidades que en la guerra pueden tenerse, ni aun siquiera vive bien; todo su afán es acaparar, reunir, tener, sin saber qué hacer con lo que tiene.

En ocasiones comercia usurariamente con los productos de que dispone; pero esto con escasa frecuencia; la característica del acaparador, el rasgo más acusado de su incomprensible idiosincrasia es reunir artículos de primera necesidad, por reunirlos, disponer de muchos comestibles, por el simple placer de tenerlos bajo su disposición; pero sin hacer de ellos el uso indicado. Todavía no se ha olvidado de la mente de nuestro pueblo el caso de aquel acaparador que dejaba morir a sus familiares más próximos de inanición en tanto que en los escondrijos que le servían de almacén se podrían, amontonados, los viveres de todas clases.

Son estos seres infrahumanos; no se concibe más que en caso de evidente degeneración que existan gentes con tal mentalidad. Y contra ellos es necesario que nuestro pueblo y nuestras autoridades combatan decidida y enérgicamente y empleen cuantos medios tengan a su alcance. Ni que decir tiene que la lucha es difícil; pero en una colaboración ciudadana activa y diligente podrá encontrarse la manera más eficaz de luchar contra el acaparador. Que es tanto como luchar por la moralización de nuestra retaguardia, lo que, a su vez, equivale a luchar por la victoria del pueblo español.

PELICULAS CORTAS

POSDATA...

—Siga, siga, señá Engracia, que no hay don más preciao que la vista ni más pena en er mundo que no zabé de letras. Sobre tó cuando se vive separá de quien bien se quiere. Acabe de leerme la carta porque estoy viendo que se me acaban las lágrimas.

—“Ar respectivo, de tu hijo mi sobrino, te repito, que hace mal en no aceptar el cargo que aquí le he buscao, porque habrás de saber que este pueblo, que cabe en un pañuelo de esos que no cogen más que media nariz, está más lejos der frente, que tó esos fascista de Madri, que no ven la calle, más que por referencia de la radios enemigas y que aquí no hay mieo que caiga más bomba que la que inventa er cachipote de la guerra, que tós los días se trae un cuento nuevo, que dice haber leído en los diarios. Por lo demás tu hijo, habría de estar aquí como las propias rosas, con un puesto de responsable de muy poca responsabilidad. Sabrás, cómo aquí no habría de faltarle buena cena y mucho que meter por debajo der bigote, porque aquí hay de tó menos apetito. Y qué necesidad tiene de andá aperreao en esa, trabajando como dice, más que un burro, y dándole a la fragua de sol a sol, pa produci mucho pa la guerra, cuando tiene un tío como yo con posible, y con amigos aquí, pa que no

le farte de ná. De mó y manera, hermana, que a ver si convences ar chico y lo embarcas pa este pueblo, que si esto es guerra, que nunca venga la paz, y que se le quiten ar muchacho to esos moños de su Madrid, que no son cosas, más que hijo de sus quince años mal cumplidos. Y que no sea tonto y que se dé cuenta, que “más sabe er diablo por viejo que por diablo”, y que puesto en refraes “cuando las barbas de tu vecino veas pelar” y aquel otro del “que madruga” y no te digo más hermana, porque tu eres madre y te vas sin querer der lao der chico. Pero no olvide que “quien quita la ocasión quita er peligro” y que ya se me acaban los dichos y el papé, que es lo único que escasea en este pueblo. Te abraza y te besa y en espera der muchacho, se despide creyendo haberte creao tu felicidad tu hermano que lo es, Roque.”

—¡Más bueno es que er pan sin tasa! Y aquí viene mi hijo. Mentando ar ruin de Roma... Tu tío, que te manda llamá y que le tienes que escribí o por lo menos ponerle una postdata.

—Pues ya puede ir teniendo en la memoria mi postdata: “No me muevo de Madrid. Hay algo en Madrid que es más grande aun que su heroísmo, y es su dignidad.” ¿Está claro, madre?

—Señá Engracia, ya hágame er favó completo. Escribale a mi hermano esa postdata de mi hijo, que seguramente debe haberle salio de muy hondo...





Mientras Chamberlain caya Lloyd George dice: "Hemos descendido la escala del deshonor, escalón por escalón"

Seguimos ignorando qué problemas se trataron en el tercer Consejo de ministros británico, aunque es de suponer que la discusión girará en torno a los dos últimos problemas que acusan nuevamente de fracaso a Chamberlain, como son la guerra civil de Palestina, con graves resonancias en la capital del Irak, Bagdad, donde el terrorismo musulmán puso de relieve la capacidad de ofensa y ataque de los árabes frente a los ingleses. Este problema, nacido de la obra desastrosa puesta en práctica por el Gobierno inglés en España, sería objeto de la crítica de los ministros ingleses, así como la situación del Extremo Oriente, no menos grave, puesto que el Japón sigue su avance por la China milenaria, con grave quebranto de los intereses de Francia e Inglaterra.

La caída de Hankou, como antes la de Cantón, y la amenaza que pesa sobre la colonia portuguesa de Macao, así como la no menos cierta que se yergue en el golfo de Tonkin, recordando a Francia que en la Indochina es más difícil soñar con una línea Maginot, porque la distancia trabaja a favor del enano japonés, son problemas que inquietan en París y Londres, pero sobre todo junto al Tánis. Chamberlain, el hombre que marca la decadencia inglesa en Europa y Asia, como cuando Abisinia demostró su incapacidad de potencia rectora en África, muestra estos problemas, suficientes para que los políticos de la situación inglesa se alarmen. Quizás a esta verdad, tan adversa a la política egoístamente inglesa, patrocinada por el "premier", se deba el silencio que envuelve a las tres reuniones celebradas por el Gabinete de Londres, impertérrito en su camino de fracasos. ¿Es que temen la mayoría de sus componentes por las consecuencias de su obra nefasta, que vienen a denunciarles como a los principales autores del retroceso constante de las democracias entre Berlín y Roma?

El error de Inglaterra, forrado de un egoísmo vergonzoso, llama ahora a los gobernantes de la decadencia a que comparezcan ante el tribunal de la opinión pública. Después de humillar al Imperio británico en Berchtesgaden, en Godesberg y en Múnich, demostrándose que Europa sigue sin mandos. Y ante estos hechos, tan numerosos como vergonzosos, y que todos llevan la misma marca, para mayor escarnio, ¿cómo se defenderá ante el Parlamento el hombre que ha puesto a Inglaterra a los pies de sus enemigos? ¿Cómo justificará su política de pacificación? Difícil es que Chamberlain triunfe de la nueva prueba, aunque haga cantos a la seguridad del Imperio en peligro, ya que todo es obra de su nefasta política. Pero más todavía que pueda hacer triunfar esa otra derrota que implicaría poner en práctica el tratado angloitaliano, faltando el jefe del Gobierno de "los lores" a la condicional solemnemente defendida por aquél: "no se pondrá en práctica el engendro del 16 de abril si no es liquidado el pro-

blema de España, quedando fuera de nuestra tierra todos los voluntarios italogermanos, mayormente desde que el Gobierno español retiró todos los combatientes extranjeros.

¿Habrá ficción, se claudicará una vez más, sin embargo, a la hora de la

De todo es capaz Chamberlain, esta desgracia de nuestro tiempo, aunque la voz de Lloyd George se levante en el Parlamento para decir al causante de tanto ludibrio: "Hemos descendido la escala del deshonor, escalón a escalón, con esa interrogación trágica para Inglaterra: ¿Qué naciones nos seguirán ahora?"

Lamentaciones de Job Rothschild, el capitalista

Capital, mi Dios y señor, ¿por qué me has abandonado? ¿Qué falta he cometido para que me precipites de las alturas de la prosperidad y me aplastes con el peso de la dura pobreza?

¿No he vivido según tu ley?—¿no han sido mis actos rectos y legales?

¿Tengo que reprocharme haber trabajado nunca? ¿No he tomado todos los placeres que permitían mis millones y mis sentidos?—¿No he tenido noche y día atados al trabajo a hombres, mujeres y niños, hasta donde podían llegar sus fuerzas y aun más allá? ¿Les he dado nunca más que un salario de hambre? ¿Me he dejado conmover jamás por la miseria y la desesperación de mis obreros?

Capital, mi Dios; yo he falsificado las mercancías que vendía, sin preocuparme de saber si envenenaba a los consumidores; he despojado de sus capitales a los bobos que se han dejado engañar por mis prospectos.

No he vivido más que para gozar y para dejarme enriquecer; y tú has bendecido mi conducta irreprochable y mi plausible vida concediéndome mujeres, niños, caballos y criados, los placeres del cuerpo y los goces de la vanidad.

¿Y he aquí que todo lo he perdido, y he pasado a convertirme en objeto de repulsión!

Mis competidores se alborozan con mi ruina, y mis amigos se apartan de mí; me niegan hasta los consejos inútiles, hasta los reproches; me ignoran. Mis queridas me salpican de lodo, con los coches comprados con mi dinero.

La miseria se cierra sobre mí y, cual los muros de una cárcel, me separa del resto de los hombres. Estoy solo y todo es negro en mí y fuera de mí.

Mi mujer, que ya no tiene dinero para pintarse y disfrazarse el rostro, se me presenta en toda su fealdad. Mi hijo, educado para no hacer nada, no comprende siquiera—¡idiota!—el alcance de mi desdicha; los ojos de mi hija chorrean, como dos fuentes, al recordar las pérdidas hechas.

Pero ¿qué son las desgracias de los míos al lado de mi infortunio? ¡Allí donde he mandado como señor me echan cuando voy a ofrecerme de empleado!

Todo es para mí hedor y basura en mi sotabanco; mi cuerpo dolorido por la dureza de la cama y mordido por las chinches y los insectos inmundos, no halla reposo; mi espíritu no prueba ya el sueño que proporciona el olvido.

¿Oh, cuán felices son los miserables que no han conocido nunca más que la pobreza y la siedad! Ignoran lo que es delicado, lo que es bueno, su gruesa epidermis y sus sentidos embrutecidos no sienten ninguna repugnancia.

¿Por qué haberme hecho saborear

la felicidad para no dejarme de ella más que el recuerdo, que escuece más, que una deuda de juego?

Más hubiera valido, Señor, hacerme nacer en la miseria que no condenarme a que me pudra en ella después de haberme elevado a la fortuna.

¿Qué puedo hacer para ganar mi pan miserable?

Mis manos, que no han llevado más que sortijas ni han manejado otra cosa que billetes de banco, no pueden sostener la herramienta. Mi cerebro, que no se ha ocupado sino en huir del trabajo, en descansar de las fatigas de la riqueza; en escapar al tedio del ocio y vencer las repulsiones de la siedad, no puede dar la cantidad de atención necesaria para copiar cartas y sumar cifras.

Pero, Señor, ¿es posible que persigas tan implacablemente a un hombre que jamás ha desobedecido uno solo de tus mandamientos?

No está bien, ni es justo ni moral que pierda los bienes que el trabajo ajeno había amontonado para mí tan penosamente.

Los capitalistas, mis semejantes, al ver mi desgracia, sabían que tu gracia es caprichosa, que la concedes sin razón y la retiras sin causa. ¿Quién querrá creer en ti?

¿Qué capitalista será tan temerario, tan insensato, que acepte tu ley para hundirse en la holgazanería, en los placeres y la inutilidad, si el porvenir es tan incierto, tan amenazador; si el más ligero viento que sopla en la Bolsa derrumba las fortunas mejor asentadas, si nada es estable, si el rico de hoy ha de ser el arruinado de mañana?

Los hombres te maldedirán, Dios-Capital, al contemplar mi humillación; negarán tu poderío, calculando la altura de mi caída, y rechazarán tus favores.

Para tu gloria, repónme en mi perdida posición; sácame de mi abyección, porque mi corazón se llena de hiel y en mis labios se agolpan las imprecaciones y las palabras de odio.

¿Dios feroz, Dios ciego, Dios estúpido, ten cuidado que los ricos no abran al fin los ojos y se den cuenta de que caminan descuidados e inconscientes por el borde de un precipicio; tiembla, no sea cosa que quieran arrojarte a ese precipicio, para llenarlo, y se unan a los comunistas para suprimirte!

Pero ¿qué blasfemia he proferido? ¿Dios todopoderoso, perdóname estas palabras imprudentes e impías!

Tú eres el amo que distribuye los bienes sin que uno los merezca y los vuelve a quitar sin que se dejen de merecer; obras como te viene en gana, sabes lo que haces.

Me trituras por mi bien, me pruebas en interés mío.

¿Oh, Dios dulce y amable, devuélveme tus favores! Tú eres la justicia, y si me castigas es porque he cometido alguna falta que ignoro.

¿Oh, Señor! si me devolvieses la riqueza, hago voto de seguir más rigurosamente tu ley. Explotaría más y mejor a los asalariados; engañaría más astutamente a los consumidores y robaría aún más a los bobos.

Soy tu esclavo, como el perro lo es del amo que le pega; soy cosa tuya; hágase tu voluntad.

Por copia conforme,
PAUL LAFARGUE

Visado por la censura

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.



No creemos que sea tan difícil aunar criterios en un organismo que tiene una misión claramente definida.

No comprendemos por qué hay diversidad de procedimientos

Las cigarrerías de Moscú escriben a las cigarrerías de Madrid.

Suponemos la contestación de Carmen a Katuska.

--¡"Acá" hacemos de "tó" me nos cigarros!

Estos días húmedos o de lluvia, cuando el frío da sus primeros zarrazos, nos hace recordar la obligación de pensar un ratito, aunque sea muy corto, en la vida del combatiente y sus penalidades.

Y nos debe hacer recordar también la obligación de contribuir a dulcificar en lo que podamos la vida del combatiente.

Ya hemos dicho en otras ocasiones, que es una necesidad exaltar los valores de "casa".

Para que los valores sean efectivos, es necesario que lo reconozcan y lo proclamen los "de fuera".

Nosotros advertiríamos, con muchísimo respeto, a quien compete el asunto, se vigilara a ciertos sujetos que en las primeras horas de la noche se dedican a arrancar ramas de árboles en la Castellana.

No creemos que sea por necesidad de calefacción, a juzgar por la indumentaria y... el acompañamiento.

Decididamente, camarada Gómez Osorio, Madrid tiene muchos baches.

Y... también muchos vagos que podrían taparlos con una orden y una poquita de buena intención.



LLAGA. — Desconchado humano.

LLAMA. — Calor alegre.

LLAMADA. — Muchas lanzadas, pocas oídas.

LLAMADOR. — Centinela de pisos.

LLAMARADA. — Optimismo del fuego.

LLAMATIVO. — Puntapié de la regularidad.

LLANEZA. — Cuadro sin barniz.

LLANO. — Tierra quieta.

LLANTO. — Pasión líquida.

LLAVE. — Mayordomo de la seguridad.

LLEGAR. — Descanso del que fué.

LLENAR. — Complacencia de volúmenes.

LLENARSE. — Volumen de "complacencias".

LLEVAR. — Traslado involuntario.

LLEVARSE. — De hacerlo... lo más correcto es dejar algo... ¡Es lo que menos...!

LLORADERA. — Voluntad contrariada.

LLORAR. — Taquigrafía de la emoción.

LLORIQUEAR. — Boceto de sentimiento húmedo.

LLOVER. — Fenómeno preciosísimo visto desde una habitación confortable.